

AYALA EN OVIEDO

Carolyn Richmond

En Oviedo estuvo Francisco Ayala en diversas ocasiones, la mayor parte de ellas, conmigo. Al evocar ahora nuestros paseos por sus calles y rincones, mis recuerdos, algunos transmutados ya en sueño, me devuelven a un pasado compartido por los dos.

En nuestras caminatas por ese flamante *plató*, sembrado de inmóviles actores, en que se había ido convirtiendo el casco urbano, nos acordábamos a veces de aquella sombría ciudad de antaño, escenario de un ayer de él y de otro mío: una vieja relación afectiva de Ayala, y otra mía, literaria, con el escritor Clarín.

Como testimonio gráfico de la de Ayala existe una pequeña y descolorida instantánea, más o menos de 1970, que en el 2006, con ocasión del centenario, se digitalizó, quedando así eternizada la escena en cuestión. En la foto está él de pie, bajo un sol resplandeciente, en medio del mercado del Fontán. Le acompañan tres señoras, dos de las que reconozco yo: una profesora que a partir de 1973 sería colega nuestra en Nueva York, y una norteamericana, de descendencia asturiana, amiga de ellos dos. ¿Fue con ocasión de esa visita de Ayala al Principado cuando los profesores Vidal Peña y José María Martínez Cachero, junto con el crítico Juan Cueto, le hicieron una entrevista, publicada el 28 de agosto de 1971 en *Asturias Semanal*, que al año siguiente reproduciría él en *Confrontaciones*? Sospecho que sí. Va ilustrada en el libro por una foto en blanco y negro donde luce el autor unas magníficas patillas de época y Juan Cueto una larga, e igualmente moderna, melena juvenil... La segunda relación, *documentada* a su vez por numerosas ediciones y estudios míos, fue la que durante más de treinta años mantuve con el escritor asturiano-universal al que ya me referí: una vinculación literaria no solo consentida, sino hasta alentada por el propio Ayala.

Lo que quisiera hacer ahora es rememorar varias experiencias que a través del tiempo tuve la fortuna de compartir con Francisco Ayala en Oviedo, algunas de las cuales forman parte ya de la memoria colectiva de la ciudad.

Recuerdos míos de Ayala en Oviedo

C'est la fatalité!... Con este estribillo de una ópera predilecta nuestra, *La Belle Hélène* de Offenbach, le canturreé al oído a Ayala la tarde del 27 de febrero de 1981 cuando, invitado él a dar una conferencia en el Paraninfo de la Universidad, apenas conseguimos arribar a la puerta de entrada por causa de las multitudes que habían inundado las arterias principales de la ciudad para señalar su rechazo al fallido asalto, cuatro días antes en Madrid, del coronel Tejero al Congreso de los Diputados. Había caído la tarde; recuerdo como si fuese ayer las caras de pacífica indignación de los ovetenses que en masa habían salido a la calle a manifestar su apoyo a la joven democracia española. Nuestra carroza oficial se zambullía por entre aquella oleada humana. No solo llegamos tarde a la sala sino que, como bien se comprenderá, hubo que esperar todavía bastante tiempo antes de empezar. Paciencia y barajar, pues ya habíamos tenido una experiencia análoga el 29 de enero del mismo año, cuando una conferencia de Francisco en Murcia de repente tuvo que aplazarse una hora larga debido a la inesperada dimisión, transmitida en directo por televisión, de Adolfo Suárez como Presidente del Gobierno... Si no fatalidad, decía para mí, a lo menos mala suerte.

La siguiente vez que regresamos a Oviedo fue para la reunión el 16 y 17 de junio de 1983 de los miembros del jurado del Premio Príncipe de Asturias de las Letras. A diferen-

cia de la práctica actual, entonces se nombraba cada año un jurado diferente, estando el de esa ocasión compuesto por los escritores y académicos Jesús Aguirre, Emilio Alarcos Llorach, Francisco Ayala, Juan Benet, los galardonados de la edición del año anterior: Miguel Delibes y Gonzalo Torrente Ballester, Alonso Zamora Vicente y Pedro Laín Entralgo, quien lo presidió. Tras una de las reuniones saqué una foto de cinco de ellos, en la puerta del Hotel Reconquista, que está reproducida en *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*. Entre mis propios recuerdos de aquel encuentro quisiera hacer mención aquí de dos: que, según me contaría después Ayala, para romper un empate bastante fastidioso entre los miembros del jurado, a él se le ocurrió de pronto el nombre de Juan Rulfo, propuesta acogida con entusiasmo (y alivio) por todos los demás; y que, habiendo metido yo por descuido en la maleta una camisa blanca de puños franceses, se me brindó de repente un legítimo pretexto, tan irrefutable como lo fue inesperado, para comprarle a mi marido un par de gemelos nuevos. En una pequeña joyería no lejos del hotel localicé unos, de plata y de forma ovalada, que mandé grabar en el mismo día con las iniciales F.A. La semana pasada, revolviendo en el cajón de su mesilla de noche, tropecé con uno de ellos, al que en seguida fui a sacar brillo. Y el otro —me pregunto ahora—, ¿dónde estará?...

Nuestros siguientes dos viajes a la capital del Principado fueron motivados por la invitación de la catedrática de Teoría de la Literatura y de Literatura Comparada de la Universidad, Carmen Bobes Naves, directora de dos espléndidas tesis doctorales sobre la obra de mi esposo, a cuyas defensas quiso asistir él. La primera, *Las novelas «caribes» de Francisco Ayala: tiempo y espacio*, de Jovita Bobes Naves, se defendió el 12 de junio de 1985; al día siguiente —según consta en mi agenda de aquel año—, dictó Ayala una conferencia titulada «Un periodismo particular». Seis años más tarde, el 27 de septiembre de 1991, asistimos a la defensa de tesis de un joven investigador que pronto se haría muy amigo nuestro: Alberto Álvarez Sanagustín, actualmente profesor titular de la Universidad de Oviedo y gran conocedor de la obra ayaliana. Para mí, carente como estoy de formación teórica, el texto de su disertación, *Semiología y narración: el discurso literario de Francisco Ayala*, resultó apenas comprensible; para Ayala, en cambio, no hubo ningún problema.

De una y otra visita conservo recuerdos indelebles de un Oviedo cálido y soleado, todo lo opuesto de la letárgica y lluviosa Vetusta recreada por Clarín. Guardo en la memoria nuestros paseos por el Campo de San Francisco —el Espolón del ficticio Magistral— para admirar los pavos reales o bien recordar otras caminatas de antaño. En su libro *Fragmentos de mis memorias*, cuenta Adolfo Posada, maestro de Ayala y discípulo del autor de *La Regenta*, que los amigos solían llevar allí al bebido catedrático de Derecho Romano, don Leopoldo Alas, para despejarle la cabeza tras ciertos animadísimos banquetes nocturnos en la Biblioteca de la Universidad. No faltaron nunca la imprescindible peregrinación al busto de Clarín, la visita a la Catedral, desde fuera y desde dentro, el saludo de cortesía al Ayuntamiento y, de nuevo, el Fontán... Asimismo visitamos, según solíamos hacer, el Museo de Bellas Artes para contemplar ahí el retrato del desdichado Carlos II por Carreño de Miranda, cuadro que en el 1987 elegiríamos para adornar la portada de mi traducción al inglés de *Los usurpadores*. En una de aquellas estancias me acuerdo de haber subido al Naranco, experiencia esa que de un modo muy personal conmovió a Ayala. Fue aquel un Oviedo todavía pre-estatuas, y pre-peatonal.

¿Cómo abordar aquí la ya célebre no conferencia de Francisco Ayala en el Paraninfo el 8 de enero de 1993? Le esperaba aquella tarde un público que a mí me parecía *aceptable*, aunque no tan numeroso como se podía esperar en semejante ocasión. (Fue el primer aviso, siendo el segundo el hecho de que entre los presentes tampoco se encontraba nuestro buen amigo Emilio Alarcos...) Al acompañarnos al acto recuerdo que uno de los organizadores aludió, un tanto vagamente, a cierta polémica, según él bastante sonada, entre los partidarios —o no— de la enseñanza en la Universidad del bable, dialecto —o,

si se quiere, *lengua*— sobre el que, por cierto, había publicado Alarcos estudios celebrados por mi marido. Algo se percibía, pues, en el aire aquella tarde... Mas, forasteros los dos, no llegamos a entender, ni él, ni yo, en qué demonios consistía.

El gato encerrado no se hizo esperar. Tras subir los participantes al estrado, advertí desde mi asiento en primera fila que se había apresurado el bedel a cerrar con llave las grandes puertas de entrada. Apenas empezadas las formalidades —las consabidas palabras de bienvenida y de presentación—, se oyeron fuera voces, acompañadas de golpes, cada vez más fuertes, en las puertas, hasta que, cediendo estas, irrumpió en la sala una bulliciosa masa de manifestantes profiriendo, en castellano y en bable, unas demandas por lo visto relacionadas con el reconocimiento de este último como asignatura oficial. (Lo que tenía que ver todo eso con la conferencia de Ayala nunca lo llegamos a saber...) Ondeando una enorme bandera asturiana, subieron los escalones los cabecillas, seguidos de la panda, y se amontonaron todos detrás de la mesa presidencial que, para aquella ocasión, había sido trasladada al borde del estrado, debajo de uno de los tres vetustos candelabros de la sala. Aconsejados por el sereno no conferenciante, los de la mesa se mantuvieron quietos y callados mientras que, desde la galería, otros alborotadores, exaltadísimos, tiraban a la cabeza de un igualmente paralizado público puñados de calderilla y media docena de huevos crudos... Yo miraba con pavor la escena enfrente de mí: un grupo de *revolucionarios* agitando, justo detrás de la gigantesca lámpara suspendida encima de las cabezas de

los sentados a la mesa, una grandísima bandera y gritando, entre otras increpaciones menos comprensibles: «¡Fascistas, fuera de Asturias!». Si no hubiera sido por el peligro que claramente corrían los participantes (piénsese en la araña que se desploma encima de las cabezas del público al comienzo del musical *El fantasma de la ópera*), habría dicho que estábamos presenciando alguna *romántica* recreación teatral de la Revolución Francesa... Fue, sin embargo, todo ello demasiado *real*, y temía yo de veras que acabara mi esposo aplastado.

Cuando, tras un intervalo que nos pareció eterno, se hartaron los revoltosos y salieron por la puerta grande, una sensación de alivio nos inundó a todos, rehenes *de facto* —como nos habíamos sentido— de aquel lingüístico tropel. ¿Qué lejanos recuerdos —me preguntaba luego— le habría traído a Ayala durante esa media hora larga el ensañamiento de aquellos presumidos usurpadores? Levantada sin haberse celebrado la sesión, nos encaminamos, junto con nuestros anfitriones, al reservado del restaurante Trascorrales, donde, para empezar, pedimos todos un buen whisky escocés. En cuanto al amigo Alarcos se refiere, al día siguiente apareció en la cafetería del hotel, con Josefina y con una cajita de bombones Peñalba, para explicarnos (como si alguna falta hiciera) su incomparecencia del día anterior...

FOTOGRAFÍA: JUAN VERNÉZ





Quizá nuestra estancia más larga en la ciudad de Oviedo —su metamorfosis completada ya— fue en octubre de 1998, para la entrega del Premio Príncipe de Asturias de las Letras. Fue para nosotros, y para los amigos que nos acompañaban, una ocasión muy feliz. El mismo día del acto nuestros amigos habían organizado en un restaurante una comida especial, a la que no pudimos nosotros asistir,^o Francisco y yo, pues, junto con los demás galardonados, mi marido había sido convocado a un ensayo general de la solemne ceremonia de la tarde. Lo que no habían tenido demasiado en cuenta los organizadores es que a los noventa y dos años ya no se suele tener el aguan-te físico necesario para ensayar, una vez y otra, semejantes formalidades y luego atender a los medios de comunicación... Fue un alivio, pues, cuando por fin dejaron que nos sentáramos en

el patio para almorzar algo ligero, junto con Juan Cruz, y después echarnos una muy merecida siesta...

Ayala sobrevivió con creces la prueba de aquella tarde: en un alborotado Teatro Campoamor cumplió escrupulosamente con el intrincado desfile protocolario; leyó, de pie en el estrado, el discurso que, en representación de los demás premiados, había redactado; y se mantuvo sosegado cuando, debido al aplastante calor que allí dentro hacía, se desplomó, desmayado, uno de los dos soldados de guardia vestidos de gala que escoltaban a Su Alteza Real. Aquella noche, lejos de las multitudes que pululaban abajo, en el patio del hotel, hicimos con los amigos una íntima celebración en un ángulo del balcón interior, no lejos —según más adelante se supo— de las habitaciones del mismísimo Príncipe, a quien, al retirarnos por fin Francisco y yo, encontramos sentado, junto con sus guardaespaldas, en un sofá del pasillo. Saqué entonces de ellos dos —del Príncipe y el premiado— una graciosa foto, donde el alto y gallardo heredero del trono se encumbra sobre su anciano y diminuto servidor.

Nuestras dos actividades oficiales complementarias de aquella estadía en Oviedo consistieron en una conferencia sobre Cervantes que dictó Francisco dos días antes de la entrega, o sea, el 21 de octubre, y, a la siguiente tarde, una especie de simposio informal

sobre la obra de Ayala en el que habían invitado a participar a unos cuantos especialistas. Al llegar a la sala universitaria que nos había sido asignada —un aula bastante grande—, aparte del profesor Martínez Cachero, quien de algún modo se había enterado del acto, no se encontraba allí ni un alma: nadie más que —por supuesto— nosotros, los amigos y críticos del autor, pues, según después se supo, a los organizadores se les había olvidado anunciarlo de antemano... Así que, junto con el susodicho catedrático y el propio autor, nosotros los participantes fuimos a la vez nuestro propio público... Al final quedamos Manuel Ángel Vázquez Medel y yo charlando un rato en la puerta con Cachero, quien nos comentó algo que, fallecidas ya las tres personas en cuestión, solo ahora me siento libre de repetir: que a finales de septiembre le habían llamado varias personas de parte de la Academia Sueca para solicitarle una valoración de la obra de Ayala, pidiéndole también que la comparara con la de Saramago. Yo me acuerdo muy bien, y se acuerda Manuel Ángel, de los demás detalles de aquella conversación. (Como quizá se recordará, apenas dos semanas antes se había fallado el Premio Nobel de Literatura a favor del escritor portugués.)

Ahora, y para concluir, quisiera evocar algunos detalles relativos a la última vez que viajamos a Oviedo mi esposo y yo, invitados —cabe recalcar— por las mismas personas que han organizado este acto de homenaje póstumo para el que he redactado estas palabras: Josefina Martínez, directora de la Cátedra Emilio Alarcos, y Alberto Álvarez Sanagustín. Fue en la semana del 12 de junio de 2006, año este, según queda indicado, del centenario del nacimiento de Francisco Ayala. En realidad, al principio me habían convidado solo a mí, pensando que a Francisco le resultarían demasiado fatigoso el viaje y la estancia, y teniendo en cuenta el que en los meses siguientes tendría que asistir el autor a un curso sobre su obra en la Universidad Menéndez y Pelayo de Santander y a un simposio, también dedicado a aquella, en la Universidad de Granada. Pero no, no quiso él perderse; decidió acompañarme para —según él— aprender sobre sí mismo y su obra algunas cositas más. Fueron días de sol, y de felicidad. Asistió Ayala a las clases, y consintió posar, delante del tronco de un imponente árbol en el nuevo campus del Milán, para un excelente retrato en blanco y negro expuesto y publicado luego por Su Alonso e Inés Marful en sus *Palabras para un rostro*. La sesión fotográfica resultó simpática y —ante todo— eficaz, cosa que se agradeció. Hubo, también, una *apostilla*, pues medio año después de la muerte de Francisco me enviaron ellas, por sorpresa, una preciosa foto que, sin que nos diésemos cuenta de ello, se había sacado de nosotros dos en aquella ocasión. Me gustó tanto que la he mandado enmarcar. También la hemos reproducido en el estuche del volumen II, *Autobiografía(s)*, de las *Obras completas* de Ayala. En el ya familiar Paraninfo de la Universidad asistiría él también, en aquella ocasión, a un homenaje público en su honor donde, con alegría, ironía y agudeza, pronunció unas memorables palabras: *palabras* —según consta en el vídeo de la ocasión, grabado por el equipo técnico de la Universidad y proyectado al público del homenaje póstumo— en que quedan estupendamente retratados la voz y el animado *rostro* del centenario Francisco Ayala.

Ya nunca más regresaré con mi marido a Oviedo. No volveré a pasearme con él por los calles de la ciudad, ni a disfrutar en compañía suya de la de nuestros amigos ovetenses. Cada vez que se me ocurra dar una vuelta por las naves de la Catedral, parando tal vez ante alguna oscura capilla o confesionario sombrío, tendré que hacerlo sola, ya sin él. Sola volveré a contemplar en el Museo a nuestro *hechizado* rey. Sin él subiré, quizá, de nuevo al Naranco. Sola volveré a hablar de su persona y, sobre todo, de una obra literaria cuya calidad poética e intelectual no dejaré jamás de admirar. Aunque sola, también me sentiré, siempre, *acompañada*. ■ ■